

I. MORATÍN, FIGURA LINDANTE DEL SIGLO XVIII¹

UN AÑO DE UNA HISTORIA

Si en una biografía se estilaban comparaciones cualitativas, Leandro Fernández de Moratín (1760-1828) sería, tal vez, justamente lo opuesto de lo que Jorge Luis Borges dijera una vez de Francisco de Quevedo: «Como ningún otro escritor, Francisco de Quevedo es menos un hombre que una dilatada y compleja literatura»². Instalados en la dimensión humana del personaje, si esta biografía necesitase de algún aval justificativo y solvente, podríamos acudir a la observación con la que Benito Pérez Galdós inicia el tercer capítulo de *Nuestro teatro* y que, en sí misma, secundaría la biografía que aquí se inicia: «La vida de Moratín es tan interesante como sus obras. Pocos hombres han existido que hayan tenido en su existencia cambios tan grandes y peripecias tan dramáticas»³.

Bajo el reinado de Carlos III (1759-1788) y con una política orientada hacia el interior que arranca ya de principios de siglo con Patiño y Campillo, daba comienzo lo que puede llamarse con propiedad Ilustración española. Ya desde sus inicios cobraban cuerpo aquellas propiedades discretas que definían por antonomasia la esencia de esta corriente y que inciden de forma directa sobre el frecuentemente referido en la cultura y las letras españolas como *Moratín*, a secas. Franqueada la primera mitad del siglo XVIII, España entra de lleno en una etapa que representa, a modo de epítome, la significación y alcance de un paradigma de pensamiento a medio camino entre dos épocas señeras: en un extremo y como precedente, aquella que emana del Siglo de Oro; en el otro, la del Romanticismo cuyos primeros augurios se columbran ya en la misma obra del padre de Leandro pese a que padre e hijo fuesen

1. Una versión de este capítulo fue publicada en la revista *Dieciocho* (44.2).

2. *Obras completas 1923-1972*, Buenos Aires, Emecé, 1974, p. 666.

3. *Nuestro teatro*, vol. V, Madrid, Renacimiento, 1923, p. 28.

puros cultivadores del ideal clásico. La Ilustración en España no es un período de rupturas como en otras naciones de Europa, sino de confluencias y vaivenes, de «rectificaciones fundamentales»⁴. Entre estos dos jalones nacerá Leandro Fernández de Moratín en 1760, en la cresta de una suerte de región equidistante.

Moratín interviene, representa y personifica muchas de las múltiples dimensiones de una época un tanto bifronte a la par que testimonia el empuje de otra época, aquella que flamea a través de los nacientes romanticismos europeos. A medio camino de esas cotas aludidas, la Ilustración venía a ser un período de convergencia, de tránsito de caminos, en los que la voluntad y la mirada colectiva todavía imperaba sobre el impulso individual. En las postrimerías de este asistimos al despertar de algunas figuras como Moratín, que, ya libres de una inocencia antigua, exhiben en su persona los nuevos ritos de iniciación del siglo XIX.

ESOS AZARES DEL TIEMPO

Figura indiscutible del período ilustrado español, la vida de Moratín transita por un entreacto histórico que amalgama numerosos aspectos de los periodos limítrofes y que hacen de su vida un contrapunto de diferencias y armonía de dualidades. En esa encrucijada:

Moratín es el símbolo de un tiempo fluctuante y trastornado. Le ha tocado vivir en el fiel de dos épocas discordes. El ardor romántico le arrolla y le desplaza. No puede comprender. Si reflexiona sobre su arte sobre el que edificó pacientemente el ideal místico de toda una vida, y le compara con el de la arrebatada juventud que se abre plaza y se afirma y se exime con valentía de preceptos que hasta poco ha se consideraban inmutables, y triunfa omnímodamente, ¿cómo lo verá ahora en el umbral de la senectud? Los tiempos cambian, naturalmente⁵.

4. Luis Felipe Vivanco, *Moratín y la Ilustración mágica*, Madrid, Taurus, 1973, p. 28.

5. Antonio Papell, *Moratín y su época*, Palma de Mallorca, Atlante, 1958, p. 319.

En fechas relativamente cercanas a su natalicio hallamos igualmente el de algunos de los nombres más insignes del dieciocho español: Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811), Juan Meléndez Valdés (1754-1817) o Juan Pablo Forner (1756-1799), entre muchos otros, conforman una antesala estética que troquela, no solamente un siglo de nuestra historia, sino la persona, el *currículum vitæ* de Moratín y toda esa generación a la cual pertenece. Es esa, la última de la centuria, aquella que por una cuestión ideológica Larra tildará de *avergonzada*, donde se inscribe nuestro protagonista:

La de 1766, se sale ya del siglo XVIII; no es la que padece, sino la que realiza la crisis histórica en que se pasa de una España a otra; la que preludia –y algo más, si se aguza el oído– el Romanticismo. Es la de Moratín, el Conde de Noroña, Mor de Fuentes, Conde de Godoy, Marchena, Flórez Estrada, Böhl de Faber, López Ballesteros, Hermosilla, Quintana, Vicente López⁶.

Definida la ubicación temporal de su figura, al ensanchar el marco de referencia, tan necesario y justificado para construir el caso humano de Moratín, Julián Marías agregaba esta nueva precisión: «[Moratín] era de los más viejos de la generación de 1766; y esta es, sin duda, la primera del Romanticismo, aquella que realmente lo inicia originalmente, la que inventa sus temas, la que alcanza esa nueva manera de instalación en el mundo que define a una época, antes de que el mismo mundo como tal la haya adoptado»⁷.

Como por un azar electivo bretoniano, los nacimientos tanto de su padre como del mismo Leandro señalan sendos comienzos de un movimiento que ellos mismos respaldan y promueven. El de su padre Nicolás Fernández de Moratín, 1737, coincide con la publicación en Zaragoza por Francisco Revilla de la *Poética* de Ignacio de Luzán y la creación de la primera revista en España con una periodicidad trimestral en la historia del periodismo español, el *Diario de los literatos*. El de Moratín es a su vez sintomático y revelador de todo un período que a la sazón refleja su quintaesencia y aquello

6. Julián Marías, *Los españoles*, vol. VII, Madrid, Revista de Occidente, 1966, p. 27.

7. *Ibidem*, p. 71.

que estaba todavía por alumbrar. Si bien es cierto que un año no es definitorio en lo que respecta a toda una época, ese nuevo pensamiento iniciado por los novatores ya a finales del XVII unido a las transformaciones económicas que arrancan con la dinastía borbónica, desemboca en el período apodado como *Siglo de las luces* cuyo clímax coincide, nuevamente, con el nacimiento de Moratín. En esta fecha principiaba aquello que podemos llamar *stricto sensu* Ilustración y que se extiende, según nos dejará entrever la perspectiva histórica, durante todo el reinado de Carlos III.

Con la algarazara de los sainetes de Ramón de la Cruz y el majismo que empezaba a hacer furor entre la sociedad matritense, 1760 es además el año en que se publica el último tomo de las *Cartas eruditas* de Feijoo, paladín del pensamiento crítico dieciochesco cuya influencia rebasaría el siglo en que se dio a conocer. Dada la importancia que la mujer va cobrando en la sociedad de la época, es también efeméride obligada la impresión de varias obras para este público; los principios feijonianos de *Defensa de la mujer* van actualizándose y la educación femenina marcará de forma cardinal la textura y mensaje de su teatro. La constatación pues del Neoclasicismo y la Ilustración se alineaba respectivamente con el nacimiento y posterior relevo de testigo de dos de sus figuras más señeras y representativas. Es necesario no olvidar que la Ilustración española venía a representar una época caracterizada por un complejo de esfuerzos que, a través de iniciativas y reformas culturales, pedagógicas, sociales o económicas, aspiraban a enderezar el nivel de vida y cultural de una España rezagada. A esa empresa histórica, padre e hijo contribuirían de forma significativa a través de sus creaciones literarias.

A partir del nacimiento de Moratín se sientan las bases de un nuevo clima de libertades que va constituyéndose con tibias vicisitudes y pronunciados altibajos. Los intercambios culturales y avances en el terreno económico o científico penetran en la península a través del *Diario de Madrid*, *El Correo de Madrid* (anteriormente conocido como *El Correo de los ciegos de Madrid* en alusión al colectivo que los vendía) y, más tardíamente, mediante *El Correo Literario de la Europa* o *El Censor*. Entre las ardorosas cortapisas que dicta la censura y el Santo Oficio, hubo remisiones notables

como son los inicios de la publicación de *El Pensador*, empresa del naturalista y traductor José Clavijo y Fajardo y referente de Nicolás Fernández de Moratín a la hora de editar su periódico *El Poeta* (1764-1766). *El Pensador* ya mostraba claras reminiscencias a la obra rousseauniana, *L'Emile*, y la excelsa publicación británica de Joseph Addison y Richard Steele, *The Spectator*. Análogamente a como ya hiciera Ignacio de Luzán en sus *Memorias literarias de París*, desde las páginas de *El Pensador*, en las cuales colabora el mismo Nicolás, se reafirmaba entre las minorías una máxima característica del período: la utilidad de viajar, conocer otros lugares y de la necesaria apertura a otras mentalidades.

Tras la muerte de Carlos III en 1788 una revolución agitaba de norte a sur la Francia de Luis XVI, episodio que Moratín atestigüa con sus propios ojos. La contigüidad geográfica hacía imposible contener la entrada de nuevos planteamientos que rezuman del espíritu subversivo y las ideas rompedoras que proceden del país vecino. Nuevos conceptos se abrían paso a través de un áspero sendero de recelos ideológicos y atrincheramiento burocrático que no pudieron frenar el trasvase de elementos sediciosos.

Camino que sube, camino que baja, la figura de Moratín nace, pues, en el punto álgido de una nueva época y subsecuente declinar de una expresión estética, ideológica e histórica que va sumiendo a su España en un cúmulo de conjeturas y signos antagónicos a los trazados durante los reinados anteriores. Es, por tanto, en esa España de la segunda mitad del siglo XVIII donde su vida, como excipiente de la historia, experimenta esa encrucijada de valores, transición, esfuerzos, formas, contradicciones y desapego como prácticamente ninguna otra figura de entre siglos. Esos tiempos que le tocan vivir y que le confieren una significación histórica cobran en él «una experiencia vital que va a convertirse en un episodio común a múltiples individuos en el marco de la historia de las mentalidades, en la Europa de su tiempo»⁸.

8. José Antonio Maravall, «Del despotismo ilustrado a una ideología de clases medias: significación de Moratín», en Mario Di Pinto, Maurizio Fabbri y Rinaldo Froldi (eds.), *Coloquio internacional sobre Leandro Fernández de Moratín*, Abano Terme, Piovan, 1980, p. 174.

A CABALLO ENTRE DOS SIGLOS

Testigo privilegiado del espíritu de su tiempo, entre los sesenta y ocho años que discurren entre su nacimiento en Madrid el 10 de marzo de 1760 y su muerte en París, el 21 de junio 1828, una fecha puede proponerse como cesura y cuyas razones se justificarán en su debido momento: la fecha es 1792; el lugar, Francia, durante el terror revolucionario. La diferencia entre ambas radica en el papel concedido a la razón, la divisa fundamental del movimiento que lo vio nacer. Esta no se entiende desde una perspectiva orteguiana, sino como un desplome de la esperanza en tanto que elemento inherente de la racionalidad y que deriva, en nuestro biografiado, en una especie de derrota trágica personal con ribetes de folletín decimonónico. De su mano transitamos desde una vida guiada por la razón –«la luz sola de la razón», que dirá Andrés Piquer– a otra en que «Moratín no ve que la razón rija el mundo. La confianza de su juventud, la que todavía sentía en Inglaterra hacia 1795, a pesar de lo que había visto en Francia, ya no puede sostenerse. Y empieza la serie melancólica de sus renunciaciones –lo más discutible, aunque bien comprensible, de la figura del Moratín maduro–. Al final se contentará con ir al teatro todos los días y tomar chocolate»⁹. Es a partir de entonces cuando asistimos al desengaño y declive de un ilustrado que adolece de lo

9. Julián Marías, «Moratín y la originalidad del siglo XVIII español», en Mario Di Pinto, Maurizio Fabbri y Rinaldo Frolidi (eds.), *Coloquio internacional sobre Leandro Fernández de Moratín*, ed. cit., p. 199. En escorzo y en una línea similar a la trazada por Julián Marías sobre esa dicotomía o dialéctica de contrarios que parece regir la vida de Leandro, Luis Felipe Vivanco realiza una observación complementaria sobre nuestro biografiado que, si bien es de naturaleza circunstancial, merece ser cuanto menos recordada: «Durante la primera, Moratín es un combativo, durante la segunda ya no es más que un resistente. Durante la primera quiere imponerse –en el terreno literario, no en el de las ideas–, durante la segunda no quiere que se le imponga nadie. Durante la primera mantiene su independencia dentro del favoritismo, durante la segunda la mantiene frente a la persecución. Esto quiere decir que la primera parte de su vida, mucho más larga que la segunda, va a ser despreocupada, ilustrada y dieciochesca, mientras la segunda es prerromántica, decimonónica y preocupada» (*Moratín y la Ilustración mágica*, ob. cit., pp. 133-134).

que el mismo Moratín llamará *nostalmía*, tribulación que en sus últimos años acartona una figura azuzada por el desengaño y la pesadumbre de la senectud.

Corría el año 1827, Moratín se halla en Burdeos y emprende su rumbo final, junto a la familia de Manuel Silvela, hacia un París que mira ahora y siente de forma muy diferente de aquel que vivió en su lozana juventud. Aunque el sosiego y la comodidad hayan sido la nota dominante de sus últimos años de vida, bastardeando los conocidos versos de Quevedo, le falta ya la vida, asiste a lo vivido y no hay calamidad que no le ronde antes de que la «precisión inevitable» lo sentencie finalmente.

Entre esos extremos o actitudes ante la vida, Moratín es un hombre de su época, un ilustrado que va marchitándose hacia un escepticismo inexorable de visos patéticos. En ese declinar *racionalista* –tan *ilustrado*, diríamos– emerge en sus escritos un Moratín más somático y espiritual donde se referencian abiertamente experiencias vitales que remiten a lo corpóreo, las emociones, sentimientos, pasiones o esos conflictos que pautan la realidad última de su existencia.

En ese tránsito hacia posturas más escépticas aflora un nuevo código sin abjurar completamente de esa razón que ha guiado su persona o su teatro. En este último proyectaba deliberadamente el buen gusto, equilibrio, o esa utilidad que, en definitiva, venían a ser una filosofía ante la vida. Aquí, la linde entre la experiencia vital y lo imaginario es bastante ceñida: se abandona la tipología tradicional y su obra teatral –condicionada por la medida y esa *moderación* tan referida– sirve para dar respuesta a una nueva forma de entender la sociedad que él mismo contempla desde un belvedere ilustrado de altura relativa. Su faceta teatral representa lo que tendría que haber sucedido, una ficción que última resultar, según su amigo Juan Pablo Forner, en una «parábola en acción, un ejemplo natural de la vida humana, un desengaño vivo que mejore la sociedad»¹⁰. Tendremos oportunidad de volver a su teatro para ver qué revela de su autor, mas

10. Citado en Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de las ideas estéticas*, en *Obras completas*, tomo I, vol. I, Santander, Real Sociedad Menéndez Pelayo, 2017, p. 919.

consideremos ahora otros géneros cultivados y lo que estos nos dicen de su persona.

En ese equilibrio hallado en su producción literaria y que es un patente reflejo de su persona, la poesía de Moratín sigue siendo la gran denostada, aunque poco importa ahora el porqué de esta cuestión. Lo relevante es subrayar que esta supura «latidos cordiales, acentos íntimos»¹¹, quedando así supeditada al dominio autobiográfico. El mismo Moratín corrobora esta cualidad: «El poeta canta en la exaltación de su fantasía y de sus afectos»¹². La poesía es desde una perspectiva literaria, y es importante insistir en ello, el sustento primigenio de una vida y, «aunque no heredó el talento lírico de su padre, sintió desde su primera edad una vehemente inclinación a la poesía». En román paladino, tras el follaje de tropos y figuras, su poesía es el reflejo más íntimo de su persona y aquella que evidencia, en ocasiones de forma encubierta, hitos vitales. Ella se hace menos mordaz, más personal, a medida que va desprendiéndose de ese cometido de arte funcional horaciano que define buena parte de la idiosincrasia ilustrada. Como consecuencia última, es un viaje de vuelta, de soltar lastres, en el cual se desliga de las actitudes y coyunturas populares o históricas para las cuales escribía. En ese camino inverso, la dimensión humana de Moratín se manifiesta sin tropiezos, con formas más nítidas y sin pudor, de forma semejante a como sucede en sus cartas o en su diario, los dos pilares fundamentales para indagar sobre su vida.

MEMORIAS MORATINESCAS

Amén de los trabajos vinculados directa o indirectamente con el perfil humano de Leandro Fernández de Moratín referidos en la «Bibliografía vital razonada», los estudios moratinianos cuentan con una serie de precedentes dignos de evocación individual con

11. Fernando Lázaro Carreter, «La poesía lírica en España durante el siglo XVIII», en *Historia general de las literaturas hispánicas*, vol. 4, Barcelona, Editorial Barna, 1953, p. 62.

12. *Obras dramáticas y líricas de Leandro Fernández de Moratín*, tomo III, segunda edición, París, Coniam, 1826, p. 368.

tal de justipreciar una labor benemérita que, en algunos casos, se extiende a décadas consagradas a desentrañar el haz y el envés de un autor clave de la historia nacional. Antes, es ineludible remitir a tres antologías que sin duda avivaron de nuevo el interés por Moratín y lo situaron en la palestra renovando el lustre de que otrora gozara; nos referimos, en primer lugar, al monográfico en *Ínsula* de 1960, en el ducentésimo aniversario de su natalicio, donde un destacamento de las plumas más selectas del país rendía homenaje o consignaba algunos renglones ora puramente académicos ora puramente emotivos en memoria del autor de *El sí de las niñas*. Ese mismo año, la *Revista de la Universidad de Madrid* publicaba *Moratín y la sociedad española de su tiempo*, un conjunto de estudios a cargo de investigadores de la talla de Luis Sánchez Agesta, Edith H. Helman o Antonio Domínguez Ortiz indagaba aspectos de la época y obra del ilustre autor. Por otra parte, forzoso es referir al *Coloquio internacional sobre Leandro Fernández de Moratín* celebrado en Bolonia doce años más tarde, en octubre de 1978, con motivo del 150 aniversario de su fallecimiento. En la capital de Emilia-Romaña, en esa ciudad en la cual Moratín vivió sus años dorados, una cofradía de especialistas de primer orden escudriñaba de forma coral al autor de *La comedia nueva*. Entre ellos se hallaban dos participantes que merecen particular deferencia en lo que a contribuciones sobre su vida se refiere: Belén Tejerina y John C. Dowling. La que fuera tesis doctoral de Tejerina bajo la dirección de Joaquín Arce en 1979, otro gran erudito y estudioso de la producción lírica moratiniana, fructificó en la espléndida edición crítica del *Viage a Italia* (1988). Italia, como tendremos ocasión de ver sosegadamente y en detalle, es sinónimo de reencuentros y de un dilatado encuentro consigo mismo que se prolongará durante tres años. Digámoslo con sus palabras: «Italia le saca de su rutina cotidiana, le abre nuevos horizontes y le trastorna sus esquemas clásicos. Moratín aquí llega a una apoteosis como persona que se traduce en sus apuntes en un estilo más libre, más desmañado, pero más natural»¹³.

13. Leandro Fernández de Moratín, *Viage a Italia*, Belén Tejerina (ed.), Madrid, Espasa-Calpe, 1988, p. 31.